

La segunda vida de un pingüino emperador



Marina L. Sardi
Diego Montalti

La exhibición de un animal en un museo es el resultado de una trayectoria cargada de procedimientos propios de la cultura científica, de las relaciones entre instituciones y de los modos en que nuestra sociedad lo representa.

Un ejemplar de la especie *Aptenodytes forsteri*, conocido como pingüino emperador, vivió en la región Antártica. Al morir su cuerpo fue inmediatamente cubierto por hielo. Así preservado, fue hallado por una misión científica (Fig. 1), trasladado primero a Buenos Aires y finalmente al Museo de La Plata, donde pronto tomará lugar en una vitrina de sus salas de exhibición.

Entre su vida y su muerte este pingüino hembra vivió formando parte de la colonia reproductiva ubicada en el Sudoeste de la Isla Cerro Nevado, la más septentrional de las 45 colonias existentes de esta especie y cercana a la Península Antártica (Fig. 2). **Entre su muerte y su exhibición** como representante de la fauna antártica, este pingüino fue centro de numerosos acontecimientos, algunos premeditados y otros contingentes, tales como movimientos, intervenciones anatómicas, investigaciones y acuerdos entre personas.

Esta historia comenzó en el mes de septiembre del año 2014 cuando un grupo de investigadores del Instituto Antártico Argentino trabajaba en la colonia reproductiva de pingüinos emperadores de la Isla Cerro Nevado. Dichos investigadores encontraron un ejemplar muerto tapado de hielo y nieve (Fig. 1). Lo colectaron y lo trasladaron congelado al Instituto Antártico Argentino, en Buenos Aires. Como objeto de estudio y convertido en fuente de información de su vida, su muerte y su entorno, fue sujeto a acciones para extraerlo del hielo, conservarlo y extraer muestras de tejidos a partir de las que los cientí-



1. Hallazgo del pingüino emperador por un equipo científico del Instituto Antártico Argentino (Gentileza de Jorge Lusky).

ficos pueden “leer” numerosos indicadores. No habiendo otro destino previsto para el pingüino, uno de los autores de esta nota (DM) creyó conveniente traerlo al Museo de La Plata, ampliar los estudios e incluirlo en la exhibición. Así siguió su derrotero como objeto de museo.

Desde su llegada al Museo de La Plata hasta su exhibición pública, la vida de este espécimen ha estado cargada de diálogos entre investigadores, curadores y taxidermistas que acordaron trabajar en torno a él. Los procedimientos fueron guiados, en parte, por los protocolos de manejo de colecciones científicas, por el saber científico vigente y por aquello que los investigadores consideran relevante preservar y comunicar. En el Museo de La Plata, como en cualquier museo, se ejercen prácticas en torno al espécimen, tales como la conservación, el registro de datos sobre la colecta, el contexto y otros de interés científico y la catalogación para integrarlo en la memoria científica e institucional. Finalmente, si el destino de un objeto es el de ser exhibido se ejercen prácticas en los espacios expositivos y se elaboran textos para volverlo inteligible al resto de la sociedad.

Luego de su traslado, y a medida que se descongelaba, al pingüino le siguió una serie de registros fotográfico, morfométrico, de coloración, así como de su peso corporal. A continuación de una limpieza externa



2. Colonia de pingüinos emperadores en la Isla Cerro Nevado (Gentileza de Jorge Lusky).

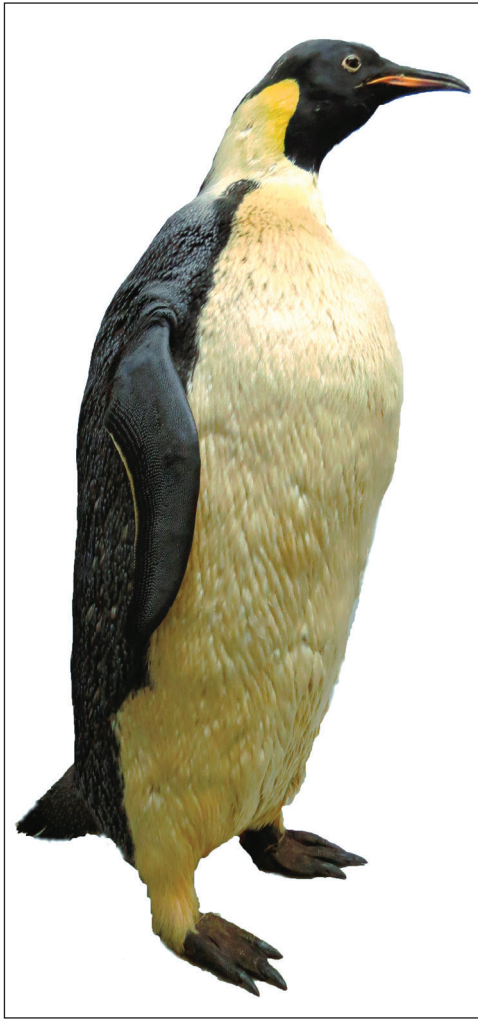
Aptenodytes forsteri

Esta especie es la de mayor tamaño entre los pingüinos, alcanzando alrededor de 36 kilos de peso corporal. Su nombre científico, acuñado por Gray en 1844, proviene de la lengua griega y es combinación de “no sabe volar” (*apten*) y “hundir, sumergir” (*dyo*); el epíteto específico fue dedicado al naturalista alemán Johann R. Forster, quien participó de los viajes del Capitán James Cook circunnavegando el mundo en su misión de descubrimiento de la denominada *Terra Australis Incognita*. La reproducción de esta especie es muy particular ya que las colonias se asientan sobre el mar congelado. En el mes de mayo comienza la puesta del único huevo que el macho incuba con el pliegue de la piel que posee en el abdomen por 55-60 días hasta que nace el pichón. En ese momento llega la hembra de su viaje de alimentación y reemplaza al macho en el cuidado de la cría, lo que ocurrirá hasta que el pichón se independice hacia la mitad del mes de diciembre. Este tipo de reproducción, que ocupa casi ocho meses, es característica de esta especie de pingüino, siendo la única ave que incuba en el invierno antártico.

La actividad humana ha tenido un efecto a escala global y local en el planeta. Los pingüinos registran esa actividad a través de concentraciones variables de metales pesados y otros contaminantes detectados en sus cuerpos. El estudio de los pingüinos se ha vuelto fundamental en los últimos años porque permite monitorear el grado de contaminación en una región, otrora aislada, como la antártica.

se procedió a la disección para separar la piel sobre la cual se realizaron tratamientos químicos de conservación con el agregado de sales. Al cuerpo se le extrajeron muestras de diferentes tejidos y órganos. La glándula uropigia, que lubrica y mantiene la estructura física de las plumas, se destinó a conocer si sus tejidos y estructura celular difieren de las de aves terrestres. El contenido intestinal

se destinó a detectar parásitos y el contenido del estómago para analizar su alimentación. Lo mismo ocurrió con muestras de músculo para futuros estudios de biología molecular. Su esqueleto, luego de una detallada limpieza, se ingresó en la colección de la Sección Ornitología del Museo de La Plata. El resto fue desechado. En este contexto, nuestro espécimen adquirió el número de catálogo



3. Pingüino emperador taxidermizado, Museo de La Plata.

MLP-O-M-15.024, una suerte de DNI por el cual el objeto “pingüino emperador” es oficialmente integrante de la colección del Museo de La Plata.

Estando destinado a ser exhibido, se construyó paralelamente un maniquí con alambre, vellón sintético y telgopor, que además conserva el cráneo y algunos huesos de los miembros. Sobre el mismo se realizó el montaje y cosido de la piel. Se colocaron ojos de vidrio, entre otras terminaciones, y se realizó un segundo lavado y secado.

El pingüino de la vitrina no será el mismo que aquél de la Península Antártica. De su vida en el museo, su metamorfosis más significativa se logró con la práctica de la taxidermia mediante la cual, sin embargo, parece ser el mismo (Fig. 3).

Como si estuviera vivo

La taxidermia consiste principalmente en técnicas para la conservación de la piel, mediante procedimientos descriptos arriba. Desarrollada hacia el siglo XVIII, nació de la necesidad que tenían los eruditos de preservar los organismos -principalmente vertebrados- que describían y comparaban. Estas técnicas se revelaron como necesarias debido a los descubrimientos de nuevas especies que efectuaban los europeos en sus viajes de exploración de territorios, ya que los especímenes debían resistir largos viajes en barco. Aquella época estuvo marcada por el desarrollo de la ciencia moderna con avances en el conocimiento de matemática, geometría, óptica o historia natural, entre otras disciplinas, que permitieron objetivar el espacio de la naturaleza, cuyas leyes se podían conocer y describir.

La creación de los grandes museos de historia natural favoreció la guarda, descripción y representación de los seres vivos, obtenidos mediante exploraciones, intercambio, donación o compra. Las colecciones allí albergadas, compuestas por especímenes animales y vegetales, rocas y objetos etnográficos, serán, hacia el siglo XIX, la base de las nuevas funciones que adquirieron estas instituciones, tales como educación e investigación. Pero a medida

que las ciencias se transformaban, emergió en el espacio museal un lugar “reservado” para los científicos, con colecciones destinadas al estudio, y un lugar “público”, con ejemplares destinados a la exposición.

La constitución de espacios expositivos constituyó el mayor empuje para el desarrollo de la taxidermia porque las salas comenzaron a llenarse de animales que despertaban fascinación entre ciertos sectores sociales que sentían curiosidad por lo exótico y el saber erudito. Se desarrollaron a la vez los dioramas, grandes vitrinas que muestran representaciones de animales y plantas en su ambiente, destinados exclusivamente a los visitantes.

La taxidermia fue en este contexto y hasta las primeras décadas del siglo XX el gran método para educar sobre las riquezas del mundo animal a partir de la **representación realista de los animales** en los museos. Tal como decía William Flower, director del departamento de Historia Natural del Museo Británico: *“un animal puede ser transformado después de su muerte, por una aplicación feliz de la taxidermia, en una apariencia de vida, representando el original perfecto de forma, de proporciones y de actitud, y presentando casi tanto valor de datos bajo este punto de vista, como el mismo animal vivo”* (Flower, 1889, p. 15). También conocida como naturalización, la taxidermia ha buscado reproducir al animal en vida con meticulosa verosimilitud, pretendiendo que el “objeto animal” hable por sí mismo.

En virtud de estas técnicas centenarias el objeto “pingüino emperador” será un representante de la especie *Aptenodytes forsteri* y uno de los pocos especímenes de su especie exhibido en un museo. Procedentes de regiones remotas, el pingüino emperador y otras aves de la misma área de distribución -pingüino Adelia, skuas, petreles, por ejemplo- representarán para los visitantes del museo una parte de la diversidad de la Antártida y del mundo natural.

Objeto para pensar

La sociedad en el siglo XXI es muy distinta a la del siglo XIX, época de auge de los

museos y la taxidermia. Aquella naturaleza percibida como “exterior” al ser humano hoy se entiende como el medioambiente en el que se reflejan los efectos de las acciones humanas sobre la biodiversidad y la conservación. Aquellos animales otrora exóticos podemos hoy conocerlos en sus propios medios gracias al cine, la televisión e internet; más aún al turismo. Los animales son reconocidos como seres sensibles y algunos inclusive han adquirido cierto estatus jurídico. En este contexto, su manipulación y la formación de colecciones biológicas se han considerado a veces políticamente incorrectas y aquellas obras de taxidermia que hasta hace un siglo despertaban fascinación hoy se ven como objetos vetustos, razón por la cual muchos museos comienzan a desprenderse de las mismas.

Frente a estos cambios la comunidad científica entiende que los especímenes de museo son generadores de conocimiento ya que su guarda, ordenamiento y clasificación permiten la identificación de nuevas especies y constituyen así un repositorio de la diversidad biológica del presente y del pasado. Por otro lado, y reconociendo la importancia de los museos de Historia Natural, de sus colecciones y de la herencia cultural que representa la taxidermia, el ICOM (Consejo Internacional de Museos, por sus siglas en inglés) publicó en su Código de Ética un protocolo para la preservación de los especímenes conjuntamente con toda aquella información que permita conservar datos del taxidermista, de su obra, sus intenciones y sus técnicas. Entre las varias razones para esta decisión está el hecho de que estos especialistas desarrollan un oficio que requiere de numerosos talentos, como la observación, manejo de materiales, conocimiento de las especies que trabajan, creatividad, destrezas escultóricas y pictóricas, entre otras. Respecto de las dimensiones intangibles, el hecho de interactuar con cuerpos, órganos y fluidos, los taxidermistas aportan una narrativa particular sobre la vida y la muerte de los animales. Sus trabajos son considerados a veces verdaderas obras de arte que permiten conocer un modo de concebir a otros seres vivos en determinados momentos en la historia de las ciencias y

de la sociedad occidental; obras que, al ser exhibidas públicamente, generan representaciones sociales sobre la naturaleza.

Cada espécimen se constituye así como una oportunidad para pensar sobre los sucesos pre-mortem y post-mortem del animal, los vínculos entre el territorio y la institución museal, entre instituciones, entre distintos saberes científicos, entre científicos y aficionados, entre el saber especializado y la divulgación pública de la ciencia. Se trata de una enorme red de acontecimientos donde se ponen en juego técnicas tradicionales e innovadoras para representar la naturaleza, técnicas para conservar o desechar organismos, partes corporales e información; narrativas en torno a los objetos, sobre los ciclos de vida y sobre nuestro modo de vincularnos con otros seres vivientes.

Conocer la biografía de un espécimen o un objeto dentro de un museo es también una oportunidad para elaborar una historia de la ciencia, deconstruyendo su imagen sacralizada y promoviendo, en cambio, la comprensión de que el conocimiento científico se construye socialmente y se está permanentemente constituyendo. Explorar el estatus de un espécimen y las personas involucradas -funcionarios, colectores, curadores, técnicos, taxidermistas, científicos y visitantes- a lo largo de su trayectoria institucional provee entendimiento sobre el rol de los museos en la cultura cívica y científica.

En los avatares del mundo humano, al pingüino emperador le tocó una particular vida post-mortem por azar y por necesidad. Para ser conservado y exhibido fue despojado de la mayoría de sus órganos y fluidos, que son elementos ausentes en la representación depurada de los seres vivientes en cualquier medio de divulgación científica. Conserva, en cambio, su piel, único rasgo visible auténtico, pero enormemente convincente para representar al animal. Representará dentro de la vitrina eso que los científicos llaman “especie biológica”, pero también al sujeto de una vida que recorrió hielos y mares del sur.

Su segunda vida continuará marcada por las prácticas políticas y de gestión que atraviese el museo, en función del valor

científico y social que se otorgue a las colecciones biológicas, de la dinámica cambiante del conocimiento científico y las formas de divulgarlo. Finalmente, el pingüino emperador se verá también atravesado por los significados y empatías que cada visitante le atribuya a través de las interpretaciones compartidas que nuestra sociedad otorgue a los animales, los objetos, la naturaleza y la cultura.◆

Lecturas sugeridas

Alberti SJMM. 2008. Constructing nature behind the glass. *Museum & Society* 6:73-97.

Consejo Internacional de Museos. 2013. Código de Deontología del ICOM para museos de ciencias naturales. Paris: ICOM.

Coria NR, Montalti D. 2000. A newly discovered breeding colony of emperor penguins *Aptenodytes forsteri*. *Marine Ornithology* 28:119-120.

Flower W. 1889. Los museos de Historia Natural. *Revista del Museo de La Plata* 1:2-25.

García SV, López HL, Etcheverry EF, Gómez JP. 2015. El Taller Taxidermia en la historia del Museo de La Plata. *Revista Museo* 27:33-40.

García Borboroglu P, DeeBoersma P (eds.). 2015. Pingüinos: historia natural y conservación. Buenos Aires: Vázquez Mazzini Editores.

Patchett M. 2010. Putting animals on display: geographies of taxidermy practice, PhD thesis, University of Glasgow. URL: <http://theses.gla.ac.uk/2348/>.

Péquignot A. 2006. The History of Taxidermy: Clues for Preservation. *Collections: A Journal for Museum and Archives Professionals* 2:245-255.

Dra. Marina L. Sardi
División Antropología, Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo UNLP

Dr. Diego Montalti
División Zoología Vertebrados, Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo UNLP